

3 – La excelencia de Colmar. Las tranquilas Soultzbach les Bains y Niedermorschwihr. La regia Kaysersberg. Las apacibles kientzheim, Béblenheim. La perfecta Riquewihr. Las pequeñas y hermosas Zellenberg y Hunawihr.

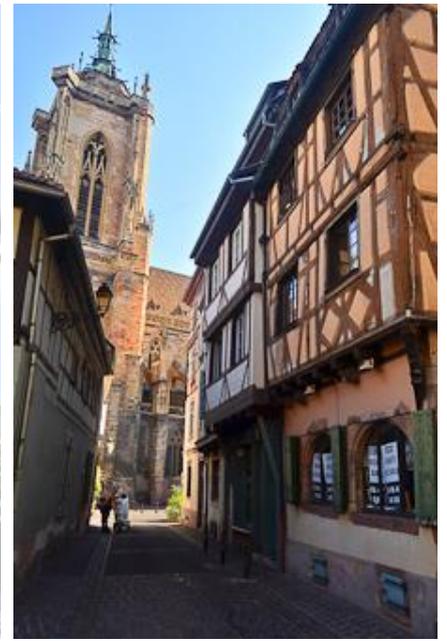
COLMAR



Había regresado a Eguisheim a pasar la noche. Como siempre, por las noches, me senté en la “Place del Chateau” a leer y absorbo en la lectura regresé, muy tarde, recorriendo por última vez sus silenciosas calles iluminadas por las farolas. Tenía previsto madrugar mucho para entrar en Colmar al día siguiente.

A la mañana hacía calor y, a pesar de que aún era temprano, el aire empezaba a centellear sobre los campos de vides que atravesaba. Accedí a una gran carretera que me llevó a Colmar. La entrada tenía poca gracia, casas modernas apretujándose a ambos lados de una gran línea férrea, mucho tráfico y dificultad para estacionar. Ya a pie, recorriendo las calles más anchas, y apuntando los nombres de las calles para evitar perder la localización de la AC, llegué a donde abundaban las tiendas de souvenirs y confiterías. Lugares donde se vendían las especialidades alsacianas, tiendas donde adquirir típicas cerámicas, etc. Me aproximaba el centro histórico caminado por la “Rue Des Marchands”. Y mientras callejeaba, camino a la “Petite Venise”, observaba la vida de la ciudad.

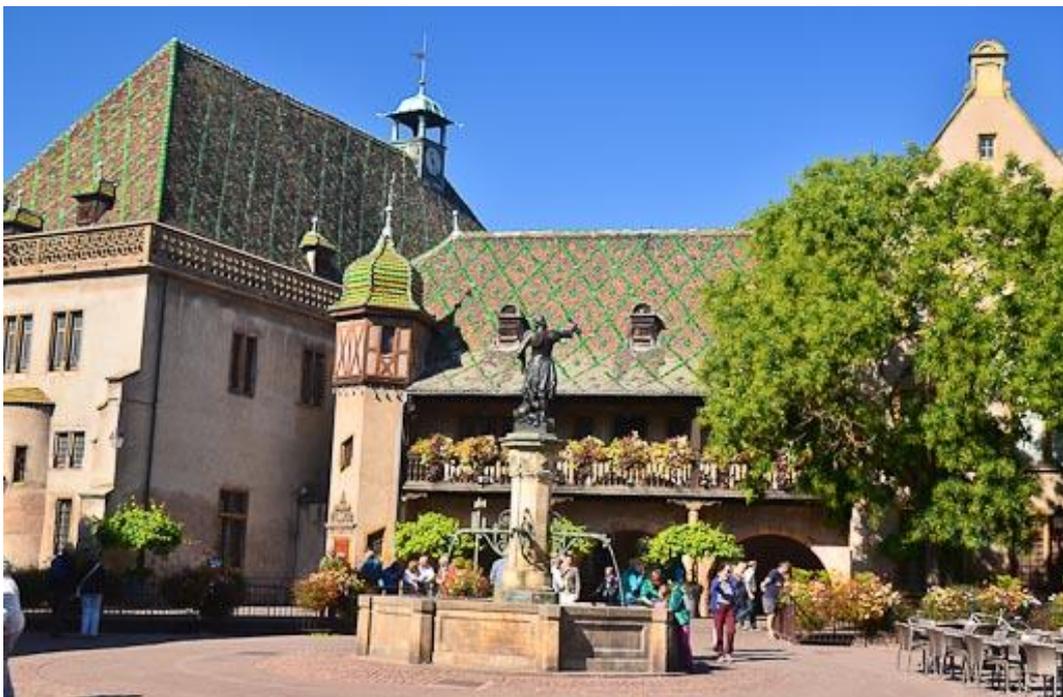
Conforme avanzaba, y se levantaba la mañana, aparecían más grupos de personas y torrentes de turistas se dirigían a la famosa “Petite Venise”. Había una sensación de expectativa palpable en el ambiente y un estado de ánimo colectivo de alegría.



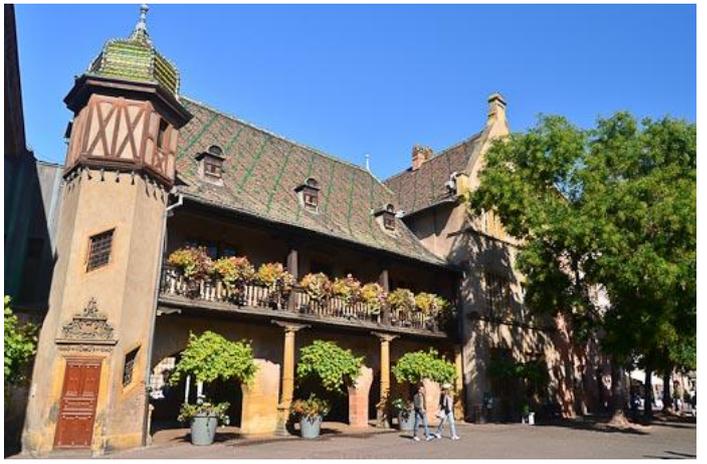
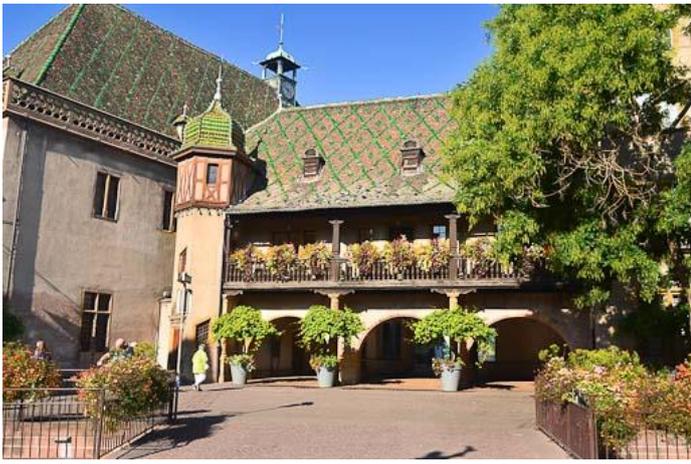


El barrio de la plaza de la catedral estaba repleto de casas del s.16, con pintorescos letreros antiguos. En la “Rue mercière”, la “Maison pfister” con su esbelta torrecilla con escaleras y su fachada con varios niveles de galerías repletas de flores, me parecía preciosa. La cercana plaza de “L’alsacienne Douane” se hallaba colmada de flores, jardines, fuentes y jardineras con adornos florales que decoraban los pequeños canales. La plaza estaba dominada por el “Koifhüs”, la antigua casa de aduanas, con galerías y tejado de techumbre de estilo borgoña. Este edificio es de 1480 y es el edificio público más antiguo de la ciudad, en él se depositaban todos los productos de importación que llegaban a Colmar por sus canales. Esta plaza, situada en el centro de la ciudad, era una zona muy animada con restaurantes y terrazas.

El casco antiguo era típico y pintorescamente alsaciano con casas tortuosas, entramado de madera, pinturas de colores y callejas retorcidas. Era un lugar muy hermoso, pero demasiado turístico. El exterior de las casas particulares aparecían decoradas con todo tipo de adornos, geranios franceses, esculturas, letreros, he incluso permanecían algunos adornos navideños.











Aun, con esta escenificación exagerada, la composición de casas del s.14 y 15 de estilo gótico germánico, me trasladaba a otra época. Sus calles reflejaban el esplendor de la ciudad burguesa y mercantil de la Edad Media y caminar por sus vías era adentrarme de lleno en la época medieval.

Pero si hay algo que cautiva de Colmar son sus canales. Porque una ciudad engalanada por cauces de agua tiene siempre un “algo” especial. Son un paraje Zen, relajante y fresco. A la zona de canales de Colmar se la conoce como la “Petite Venise”. Eran un grupo de casas que contrastaban con el resto de la ciudad por su estrechez, con calles y callejuelas cuyo simple, pero atractivo conjunto, está compuesto de las típicas casas alsacianas que bañan sus pies en las aguas del río “Lauch”. Varios puentes cruzan el río, sobre el que se refleja una de las imágenes más bellas y populares de Colmar, quizás la foto más difundida de Alsacia.

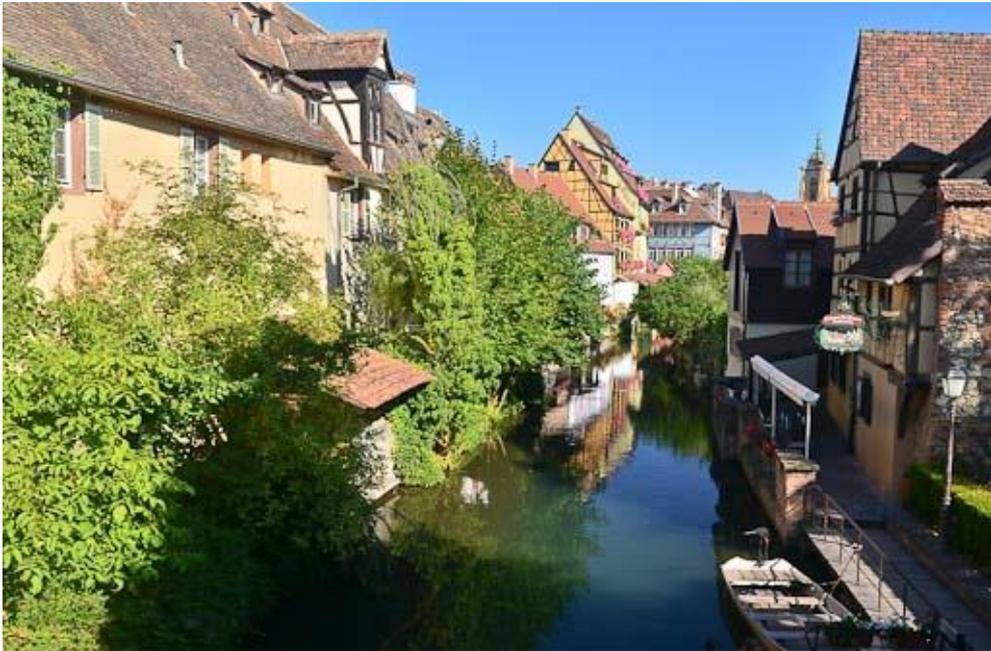




El río forma un remanso produciendo una bucólica imagen sobre el agua, en aquel momento lisa como un espejo, y arrancando miles de coloridos reflejos de fachadas y conjuntos florales. La imagen era deliciosa, intensa, potente y llenaba hasta el último recodo de mi mente. Las adoquinadas callejas, las casas de entramado de madera llenas de flores, los canales y sus puentes, todo parecía salir de una ficción fantástica.

Colmar fue un centro comercial y fluvial con su apogeo en el s.16, cuando los productores de vino, hortalizas y mercaderes transportaban su mercancía por las vías fluviales que recorren el pintoresco barrio de los canales. Los riachuelos continuaban a lo largo del “Quai de la Poissonnerie”, donde se vendían los pescados y donde residían los pescadores cuyas casas se alinean a lo largo de las orillas. En el “Quartier des Tanneurs” trabajaban y vivían los curtidores hasta el s.19, cuyas casas ahora se alinean pintorescamente a lo largo de las orillas.











SOULTZBACH LES BAINS



Partí a una minúscula población ubicada en el valle de Munster. “Sultzbach-les-Bains” era una pequeña y tranquila aldea medieval, rodeada de murallas y conocida por sus antiguas aguas termales. Después visitar la bulliciosa Colmar, lo que más me impresionó fue el silencio, no se oía nada. Era como si todo el pueblo estuviese conteniendo la respiración y sus habitantes parecían vivir tranquilos en su pequeño y ordenado universo.

La pequeña población ha conservado su encanto, lejos de los flujos turísticos, con calles estrechas y numerosas casas de entramado llenas de flores. Me dejaba llevar y pasear con suavidad por su enredo de caminos, donde hoy en día el ritmo del reloj de la Iglesia de San Juan Bautista, con su suave tintineo, daba toda la vida al pueblo





NIEDERMARSCHWIHR



En las cercanías de Colmar hay numerosos pueblos vitícolas, grandes o pequeños más o menos populares, pero todos hermosos. Tomando como base de pernocta Eguisheim estaba recorriendo algunos de ellos. Lo hacía por carreteras secundarias que discurrían entre viñedos y me permitían gozar del extraordinario paisaje. Sobre mí, un cielo de azul terciopelo, y debajo viñedos espesísimos. Cada nuevo pueblo que visitaba, una nueva ansiedad se adueñaba de mí. Niedermorschwihr asomaba en un valle rodeada de vistosas cepas y muchas casas pintorescas.

El pueblo, con el cambio de imagen de la nueva Alsacia, había adquirido unos colores vibrantes e intensos. Quizás fueron fruto de una ilusión, el atraer turistas a visitar sus bodegas. La aldea se disfrutaba con solo dar un paseo por sus calles, cercadas por las casas de los viticultores del s.18, con típicos balcones de madera. Despuntaba el curioso campanario retorcido del s.13, de la iglesia de "San Gall", y único de su estilo en Alsacia.







KAYSERSBERG



Había pasado la noche en un área de autocaravanas, en las tierras de un viticultor llamado Friz, rodeado de cepas. Sentado a la noche, entre las largas hileras de parras, leía un libro, mi compañía durante el viaje, aquella que en mi soledad me llena la mente de palabras. Sobre mi cabeza se extendía el cielo estrellado, grillos y aves nocturnas canturreaban y una cálida brisa acariciaba mi rostro. La atmosfera estaba impregnada de la fragancia terrosa del campo de vides.

El amanecer fue precioso y el sol teñía de rojo el verde de las hojas. Partí a “Kayserberg”. La población se ubicaba a la entrada de un ancho desfiladero entre prados, montañas, bosques y viñedos. Penetrar en ella fue como cruzar la frontera de un mundo paralelo, donde me recibió un matiz de colores. Su calle principal era bulliciosa, más concurrida que cualquier otra, y con una agradable mezcla de colores en las casas.





Miles de luces de colores bailaban delante de mí, Kaysersberg parecía rezumar vitalidad por todos los poros, e incluso brillar con luz propia. Era una autentica apología de la belleza estética. La calle principal me conducía atravesando toda la población, era la más larga y la más bonita, entre coloridas casas de gran calidad con un entramado de madera que manifestaba la calidad de su magnífico patrimonio arquitectónico. Cafeterías, restaurantes, todo tipo de comercios llenaban la ciudad de vida, alegría y colorido. Los coches y el exceso de turistas, como siempre, parecían fuera de lugar en este escenario.

Pronto atravesé el puente fortificado, donde vale la pena detenerse para observar la bucólica vista que ofrece el Río "Weiss" y oír el rumor del agua trasparente al pasar rozando su cauce. Era una panorámica imprescindible de casas antiguas levitando sobre el río, los viñedos en las colinas y el castillo surgiendo sobre los tejados. Pasado el puente, y visitada la oficina de turismo que se halla en este mismo lugar, recorrí la larga avenida bordeada, cada vez más si cabe, de grandes casonas de arquitectura medieval.





Aparecían callejuelas transversales empedradas donde paseaba encontrando nuevos rincones con encanto y más puentes sobre el río “Weiss”, con vistas a coloridas casas. Y mientras, pensaba en las personas que durante siglos han convivido junto a estos edificios, que hoy los visitantes consideramos monumentos únicos. Al poco apareció una pequeña plazoleta, donde se levantaba la iglesia de la “Sainte Croix”, un precioso templo del 1227 en el que destacaba su portal románico y enfrente se hallaba una de las bellas fuentes de Alsacia. La “Fontaine Constantin”, del año 1521, con la escultura del emperador Constantino, lo que la vincula a la historia de la ciudad y su propio nombre. Kayserberg significa Monte del Cesar. Este lugar fue un enclave estratégico entre la Galia romana y las bárbaras tierras de Germania.

Esta pequeña población tuvo en la edad media importancia estratégica y fue fortificada con murallas y un castillo. La primera mención de la ciudad se remonta al 1227, cuando un emperador Germánico compró el castillo de Kaysersberg y poco después se otorgó a la ciudad el título de Ciudad Imperial.

















Y precisamente, después de recorrer la ciudad, me encaminé a visitar el castillo que aparecía seductor rodeado de viñedos y en la cima de una colina. Husmeaba insaciable, degustaba los aromas del aire, observaba los enormes vergeles de viñedos salpicados por casas señoriales y me abandonaba a la soledad de la naturaleza.

Al castillo, principalmente una torre, se subía por una escalera en el interior. La parte superior cuenta con una terraza panorámica y una maravillosa vista de toda la fortaleza y el exuberante paisaje circundante. Desde allí la vista se extendía sobre los viñedos que dibujaban bonitos y sinuosos trazos sobre el terreno, los tejados de la ciudad y las altas crestas de los Vosgos. Hacia el Este se escondía la planicie, en la bruma de la mañana.







KIENTZHEIM



Los campos de viñas estaban inundados de un fulgor que dolía los ojos y bajando por el valle de “Weiss”, a poca distancia, aparecía esta pequeña, bella y desconocida población en medio de un paisaje de montañas y viñedos. Situada en el corazón de los viñedos de Kaysersberg, Kientzheim posee un ambiente medieval primoroso, con unas murallas que están bien restauradas y conservando dos hermosas torres. También tiene el antiguo y muy reformado castillo de “Reichenstein”, ubicado en la misma muralla.

La entrada la realicé por la llamada puerta de “Lalli”, que es una de las antiguas puertas fortificadas del s.15, y me hallé en el interior de un gracioso pueblo, donde a esas horas las calles estaban desiertas. Era un pueblo mucho menor y más recogido que Kaysersberg, con un ambiente medieval que impregnaba sus calles de casas con entramado de madera, antiguos pozos y fuentes renacentistas.







Los adornos florales y coloridos geranios colgaban de las casas, algunas de las cuales se asomaban a pequeños canales que atravesaban la ciudad. Todo era callejear sin rumbo he ir encontrando rincones con encanto. Estaba completamente limpio, ordenado y era como si todo el pueblo estuviese sumido en un estado de modorra total, adormilado, esperando acontecimientos. Se había detenido el tiempo para los visitantes haciéndonos conscientes de los secretos de su atractivo, los pocos turistas nos limitábamos a consumir su belleza. Los habitantes las cuidaban.

El comercio del vino había forjado la riqueza del pueblo. La Guerra de los treinta Años y más tarde la Segunda Guerra Mundial, con sus violentos combates, dañó la población. En un parque se podía contemplar un tanque Sherman, como monumento y recuerdo de lo sufrido por esta población. Cuando partí, me había llenado de imágenes de la sosegada ciudad.







BÉBLENHEIM



El sol, ya alto, hacía resplandecer los viñedos de hojas verde brillante con algunas amarillas pinceladas de otoño, septiembre avanzaba y el verano llevaba camino de finalizar. Aquel paisaje me llenaba el alma, fascinado por los campos con aquellos enrejados de maderas y de las traviesas colgando los racimos y ramas entrelazadas. Era época de vendimia, pero no veía máquinas y unos pocos vendimiadores cogían a mano seleccionando los racimos.

El pueblo de Beblenheim me pareció encantador, estaba situado al pie de una ladera y en medio de pequeñas colinas cubiertas de viñedos. Conservaba el estilo rural, característico de Alsacia, con una coreografía de coloridas casas silenciosas con su típico y pintoresco desorden. Los pórticos de arenisca, que se abrían a la calle, permitían que los tractores introdujesen los frutos de los campos a las prensas de las bodegas. Paseando descubría hermosas casas de entramado de madera bellamente decoradas con flores en sus balcones y ventanas. Las casas datan, la mayoría, de los s. 16 al s.19 y sorprendentemente esta población fue destruida en la Segunda Guerra Mundial.





RIQUEWIHR



Hacía ya muchos días que vivía en ese estado de admiración constante, me quedaban todavía muchos más. Pero aun así me dejaba seducir agradablemente por el cansancio que, poca a poco, estaba apoderándose de mí.

Al llegar a Riquewihr me adentré por el camino que sube a la parte alta de la ciudad y a mí alrededor se aglomeraban una plétora de colores de arcoíris. Cada imagen, cada perspectiva, adquiría el valor de una promesa, de un empeño solemne de contarnos una historia y de dilatar el tiempo tratando de estirarlo hacia atrás.





La “Rue du General de Gaulle”, que atraviesa toda la población, me revelaba un conjunto de casas entramadas muy pintorescas, coloridas y llenas de flores en sus fachadas. Estas casas, ricas y de tamaño mucho mayor del acostumbrado, deben su magnificencia de auténticas mansiones a la prosperidad que ha generado, a lo largo de la historia, los importantes viñedos de Riquewihr. Considerados como unos de los mejores de Alsacia.

Todo el entorno de paisaje, con viñedos, murallas y casas conservaba una especial energía, era el residuo del paso de miles de vidas por estos espacios y que han dejado su impronta en la arquitectura. Una nota discordante, un elemento que lo deformaba todo, era otra vez el turismo. Demasiadas personas comprometían la tranquilidad de sus calles y la naturalidad de los bajos de las viviendas con locales que, en lugar de dedicarlos a las tradiciones seculares, se ofrecían al consumismo del visitante. Aun así, aislándome dentro de mis sentidos y gracias a sus calles peatonales, conseguí un tranquilo paseo observando las hermosas casas llenas de geranios y los callejones, con los letreros de aspecto antiguo que informaban de comercios y vinotecas.

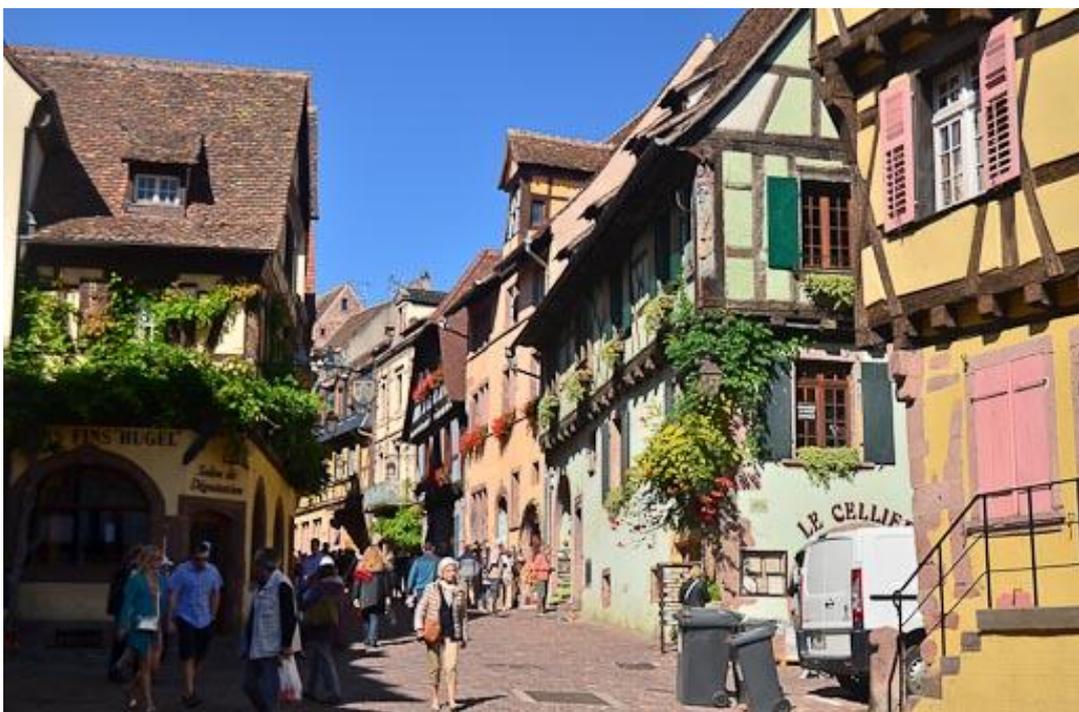


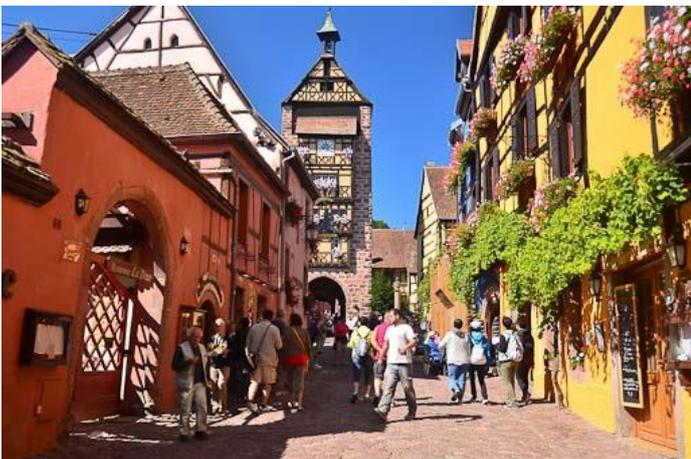




La calle finalizaba en una plazoleta donde se elevaba una hermosísima torre, muy elaborada y pintoresca. La Torre “Dolder” fue una atalaya de vigilancia construida en s.13, en el periodo de la fortificación de la ciudad, y nos ofrece dos caras, la interior bonita, pintoresca y elegante. Y la exterior, sobria y defensiva, a juego con las murallas. Dos grandes hojas de madera del s.16 se abrían al interior y permitían abandonar Riquewihr para admirar el perímetro de murallas que datan del año 1291, y el exterior de las torres defensivas que no siempre protegieron a la ciudad. Saliendo de la ciudad todo era bosque y naturaleza. Esta misma plazoleta se hallaba ocupada con una bonita fuente, llena de flores y con el escudo de la ciudad. La fuente de “Sinne”, del s. 16, que antiguamente se utilizaba para lavar las barricas de vino.

Bajaba, de vuelta, por calles perpendiculares y paralelas a su eje principal. Aparecían capillas, templos e iglesias junto a numerosas bellas construcciones Alsacianas. Había silenciosos y vacíos rincones en callejones, que parecían ocultar algún secreto, o como si imaginaran un fascinante viaje hacia atrás en el tiempo y quisieran narrarnos una leyenda.









ZELLENBERG



Siguiendo la curvilínea y desnivelada carretera que va al margen de los campos cubiertos de verdes hojas de las vides llegué a esta pequeña población, a muy poquita distancia de Riquewihr. Zellenberg aparecía coronando una colina y rodeada de enormes vergeles y viñedos salpicados por casonas señoriales.

Después de la vibrante Riquewihr en Zellenberg, abandonada por los turistas, había caído una quietud y un silencio más propio de una ciudad fantasma. Todos los sonidos estaban como amortiguados en un entorno inmóvil e inerte. Gracias a este silencio disfruté con placer de la tranquilidad de un lugar encantador con casas antiguas, calles pequeñas y la música de las muchas fuentes que brotaban en cada esquina. El ambiente me pareció suave, con encanto y una dulzura natural.





Las casas eran un ejemplo de arquitectura típica de las casas vitivinícolas. Bodegas en el sótano, la primera planta con prensas se abría a la calle con grandes portones y la vivienda arriba. Los diferentes edificios, en algunos casos con floridas jardineras, rodeaban los grandes patios que enlazaban esta arquitectura.

En lo más alto de la pequeña población había una plaza que me brindaba una panorámica abierta que se extendía más allá, entre viñedos se veía la población de Riquewihr en un paisaje de colores vibrantes. Las cimas de las montañas de los Vosgos se recortaban contra el cielo azul y parecían abalanzarse como un marmoto de verdes bosques sobre la ciudad.

En paseo por la población aparecían restos de antiguas murallas. Y siempre con el constante aroma a bodega y vino. Originalmente en Zellenberg había un pequeño monasterio – Zell. En 1252 se construyó un castillo sobre la colina – Berg -. Y así tenemos el nombre de la población. El castillo fue destruido con la revolución francesa, junto a la eliminación de la nobleza.





HUNAWIHR



Una tira de asfalto se deslizaba entre los verdes valles, que bailaban en armonía con aquella imagen de movimiento impresa en el paisaje. Conducía atravesando hermosas vistas de prados y viñedos, que cubrían pequeñas eminencias y suavizaban las arrugas del terreno. Al fondo, en las colinas, se veían cerrados bosques.

Desviándome por un camino, desde el que se veía la aldea sobre la colina, la carretera se redujo a un carril angosto. Estacioné en un lugar que me pareció encantador, unos pocos árboles, una mesa de picnic y una fuente decorada con multicolores flores veraniegas. El viento se acentuó aportando un frescor agradable y el rumor del agua se mezclaba con el roce del viento en las hojas, creando una armonía agradable que me envolvía con un arrullo suave y acogedor. Esta noche volvería a este lugar a dormir.





Desde este rincón un sendero subía, entre verdes prados, a la iglesia situada en lo alto de la colina. La imagen era preciosa, la iglesia sola y aislada destacaba solitaria sobre el cielo azul. Y llené mis pulmones del aire veraniego, al tiempo que atravesaba las murallas que fortificaban la iglesia, y a la vez cerraban el cementerio.

La iglesia del s.15 y 16 destaca por su campanario robusto, fortificado, que servía como calabozo y torreón de vigilancia. También un lugar donde los habitantes, en la antigüedad, se refugiaban en caso de ataque. La torre de la iglesia cobija el conjunto paisajístico que se completa con unas vistas espectaculares de la parte baja de la aldea, donde los viñedos y las colinas se extendían en ambas direcciones hasta el límite del horizonte.





Paseando sobre las calles adoquinadas se descubría la riqueza de un pasado, todavía vivo en el presente. Me atraían las fachadas de los viticultores del s.16 al 18 de piedra arenisca y sus entramados de madera en fachadas, marcos de ventanas y puertas. No había colores estridentes lo que dotaba de concordia, belleza y calidez. Todo parecía reflejar el cuidado que aquellos habitantes estaban poniendo para aportar armonía a esta población, catalogada como de las más bellas de Francia.

Sobre la colina, rodeada de viñedos, era fácil acceder a los campos y admirar como extendían el cuidado de sus casas al acicalado aspecto de los viñedos. Convirtiéndolos en un espectáculo de color. El sol resplandecía en aquella tarde perfecta, los pájaros entonaban sus cantos sobre los árboles y el aire estaba repleto de perfumes.





